

OBISPO

Decretos

Templo parroquial del Sagrado Corazón de A Carballeira como Templo Expiatorio del Sagrado Corazón



NOS, EL DOCTOR, DON JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE OURENSE

DECRETO

La Iglesia siempre ha promovido la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y la celebración de su Solemnidad. Fue el Papa Pío XII, con su encíclica *Haurietis Aquas* (15 de mayo de 1956), en el centenario de la institución de la fiesta del Sagrado Corazón por Pío IX, el que consagró y explicitó el culto al Sagrado Corazón como medio especialísimo para promover en los fieles el espíritu de conversión, expiación y reparación por los pecados cometidos. San Juan Pablo II enriqueció esta fiesta estableciendo, con ocasión del Jueves Santo de 1995, que se uniese a la Solemnidad del Sagrado Corazón, la Jornada Mundial de Oración por la Santificación de los Sacerdotes.

El pueblo cristiano, verdadero sujeto de la promoción del culto y devoción al Sagrado Corazón, manifestó siempre una particular atención al ejercicio de los primeros viernes y la dedicación del mes de junio a contemplar y meditar el amor redentor de Nuestro Señor Jesucristo a la humanidad así como la necesaria correspondencia, por nuestra parte, a través de actos de reparación y expiación por nuestros pecados y por los de todo el mundo. Prueba de ello es que resulta muy difícil encontrar una iglesia parroquial, o incluso capilla, que no tenga entronizada la imagen del Sagrado Corazón, así como en numerosos hogares de nuestra Diócesis, sin olvidar las muchas asociaciones implicadas en promover esta devoción.

Mi venerable predecesor, S.E.R. Mons. Ángel Temiño Sáiz, tuvo a bien erigir en el barrio de A Carballeira de nuestra ciudad, la única parroquia de la Diócesis dedicada al Sagrado Corazón de Jesús. Yo mismo, secundando los deseos del papa Francisco, en esta misma iglesia parroquial, con ocasión de la solemnidad del Sagrado Corazón del año 2019, presidí el acto de consagración de esta Iglesia particular ourensana al Corazón Misericordioso de Jesús.

En estos momentos de nuestra historia y teniendo en cuenta las graves circunstancias que nos afectan tanto social, como personalmente, así como la presencia de tantos signos de dolor y de pecado como existen en nuestra sociedad: pandemia, guerra en Ucrania, los actos vandálicos realizados contra algunos de nuestros templos y la dolorosa profanación de la que fue objeto el Santísimo Sacramento en algunos de nuestros templos, considero que es necesaria una reparación pública de las mencionadas ofensas. Como en algunos de esos templos que está situados en el ámbito rural no se pueden hacer los actos adecuados, ruego que se promuevan en todas las parroquias de esta Diócesis en donde ya existe esta devoción, y, después de haberlo consultado con los sacerdotes responsables de la pastoral en la UaP “Madre Teresa” de A Valenzá-A Carballeira, he tenido a bien declarar, y por el presente declaro, el templo parroquial del Sagrado Corazón de A Carballeira, como

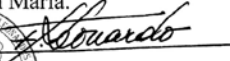
TEMPLO EXPIATORIO DEL SAGRADO CORAZÓN,


concretándose este carácter, además de las iniciativas pastorales propias de toda parroquia, en la *difusión de la espiritualidad del Sagrado Corazón, en la celebración de una Hora Santa de reparación y expiación ante el Santísimo Sacramento todos los viernes del año, en hacer presente en la intención de la Santa Misa cotidiana, una intención particular en la que se pida por la santificación de los sacerdotes de nuestra diócesis, por las vocaciones a nuestros Seminarios y a la vida consagrada, sin olvidar los actos de expiación y desagravio a la Santísima Eucaristía.*

Asimismo, pido a los pastores y demás fieles de este templo que, procurando las condiciones de seguridad necesarias, lo mantengan abierto durante gran parte de la jornada para la oración de los fieles; que promuevan y acepten la organización de distintos actos pastorales y de piedad que concuerden con el carácter que damos a este templo parroquial en este decreto.

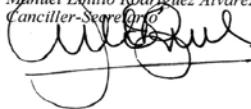
Confianto en que esta declaración suscite el gozo, la renovación de la piedad al Sagrado Corazón, así como un auténtico espíritu de conversión no solo en nuestra ciudad, sino en toda la diócesis, encomiando también mi ministerio pastoral al Sagrado Corazón de Jesús.

Dado en la ciudad de Ourense, a 31 de mayo de 2022. Fiesta de la Visitación de la Bienaventurada Virgen María.


Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense



Por mandato de Su Excia. Rvdma.
Manuel Emilio Rodríguez Álvarez
Canciller-Secretario



Mensajes

“Semana Santa” vs “Vacaciones de primavera”

En la tradición cultural de la mayor parte de los pueblos de la vieja Europa, se sigue celebrando la Semana Santa, también llamada “semana grande”. A pesar de la fuerte secularización y del creciente neopaganismo que también se está infiltrando en el corazón de muchos que se denominan cristianos, todavía sigue teniendo una fuerza especial esta semana tan singular que comienza con la festiva liturgia del Domingo de Ramos en la Pasión del Señor –y con la procesión de ramos o de la borriquilla– y encuentra su punto culminante con la Vigilia Pascual, en la noche del Sábado Santo y con su consiguiente prolongación del Domingo de Resurrección. Acontecimiento que da sentido a la Eucaristía dominical de todo el año.

Toda esta semana está concebida como un itinerario espiritual con el que se invita a todas las personas, creyentes o no, a participar en la celebración de los misterios de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, que también tienen una proyección externa a través de su belleza artística que procesiona por nuestras calles. Estas manifestaciones quieren convertirse en despertadores de la vida de Cristo. Ante esta semana tan especial toda persona está invitada a recorrer una senda interior que le ayude a penetrar en el misterio de su vida y, además, le lleve al conocimiento y seguimiento de Jesucristo. Bien es cierto que ese mismo camino también le puede llevar a bajar, incluso llegar hasta lo vulgar. Jesús quiere guiarnos hacia lo que es grande, noble, puro, generoso, nos dirige hacia el “aire saludable de las alturas”, es decir, hacia la vida según la verdad; hacia la valentía que no se deja intimidar por la frivolidad de los comportamientos ni por la charlatanería de las opiniones dominantes que promueven las modas del momento.

En este año 2022, a la celebración de la Semana Santa hay que añadirle la aplastante y dolorosa experiencia del covid-19, cuyo zarpazo todavía se deja sentir entre nosotros, y, además, las graves circunstancias de la guerra cercana en la que nos encontramos implicados, y querámoslo o no, sufriremos sus consecuencias. Dios quiera que cuando leas estas líneas ya haya finalizado este gravísimo enfrentamiento bélico entre Rusia y Ucrania, ante el que no podemos mantenernos al margen. Incluso si la Semana Santa la planteamos como unas simples vacaciones de primavera, también estos hechos dolorosos deben convertirse en una llamada a nuestra conciencia.

La Semana Santa nos lleva a profundizar en el conocimiento de la persona de Cristo –auténtico príncipe de la paz–, por eso, las acciones litúrgicas realizadas en el interior de nuestros templos, y las procesiones y *vía crucis* por nuestras calles, nos deben guiar de cara a una mayor disponibilidad con

los que sufren, los migrantes, los expatriados, los abandonados, en definitiva, con los más vulnerables. Celebrar los acontecimientos centrales de la vida de Jesús nos lleva a emprender un camino de fidelidad a toda persona, ¡la que sea! Y ese camino sólo se descubre cuando en nuestra vida comprendemos el sentido de la cruz como clave para entender el auténtico sentido del amor, que es la única senda que nos lleva a Dios, y no nos olvidemos que éste pasa siempre por la vida de los hermanos. Por eso, caminar con Jesús siempre es también hacerlo con los “otros”, constituyendo así un “nosotros” que nos introduce en el auténtico sentido de la verdadera comunidad creyente.

Vivir la Semana Santa nos ayuda a descubrir, una vez más, que la verdadera fe en Jesucristo no es una invención legendaria; un producto clerical que se fue incardinando en la historia a base de poder y muerte; no es así. La fe cristiana, cuyos momentos centrales conmemoramos en los días del Triduo Pascual –Jueves Santo por la tarde, Viernes Santo y Sábado Pascual– es un acontecimiento histórico y verdadero que podemos recordar, contemplar, incluso me atrevería a decir, casi tocar. Es como si por momentos nos fuésemos en peregrinación a los Santos Lugares de Tierra Santa, nos conmoviésemos subiendo al lugar de la “Última Cena”, nos dejásemos impactar por el lugar de la crucifixión de Jesús y prorrumpiéramos llenos de alegría pascual al bajar la cabeza para asomarnos al sepulcro vacío.

La Semana Santa en Ourense se compone de unos elementos fundamentales: se abre con el Domingo de Ramos y la procesión de la borriquilla, que es un día de palmas y ramos, de fiesta y júbilo, para los niños y también para los mayores. Al llegar a la catedral, uno de los elementos de la liturgia de ese día es la lectura de la Pasión del Señor, este hecho cambia el “tono vital” de esta fiesta que quiere indicarnos el inicio de nuestra peregrinación hacia la cruz. ¡Por la cruz a la Luz! Los tres primeros días de la semana: Lunes, Martes y Miércoles Santos son momentos para ser vividos, todavía, con sentido cuaresmal. En nuestra Diócesis, el Miércoles Santo, al atardecer, celebramos la Misa Crismal, una hermosa liturgia en la que los sacerdotes renovamos los compromisos de nuestra ordenación sacerdotal, se bendicen los Santos Óleos: para la Unción de enfermos y el Óleo de los catecúmenos. En esta misma celebración, el Obispo con el Presbiterio asistente consagran el Santo Crisma; un aceite perfumado con el que se administrarán los sacramentos del Bautismo, Confirmación y Orden sacerdotal. Con él también se consagrarán nuestros templos y altares. El Jueves Santo, “Día del Amor Fraternal”, nuestra atención se centrará en la institución de la Eucaristía y en la Caridad Fraternal. En el Viernes Santo la Iglesia nos invita a contemplar la cruz y meditar la pasión del Señor. Al atardecer de este día se acostumbra a salir con la procesión del “santo entierro”; un auto sacramental, lleno de plasticidad y belleza que conmueve a muchas personas.

El cristianismo no termina en la cruz ni en la muerte, sino que es vida y gloria. El Sábado Santo sólo se celebra la Vigilia Pascual, la más importante de todas las fiestas del año. Muchos católicos, a pesar de repetirlo tantas veces, y todos los años, todavía no se han dado cuenta de que esta es la celebración fundamental no sólo de la Semana Santa sino de todo el año litúrgico; sin embargo, parece que prefieren quedarse en ese “viernes santo” todo el año. Aprovecho, una vez más, esta ocasión para invitar a todos los hijos e hijas de la Iglesia a que participen en la solemne Vigilia Pascual, en la que renovamos nuestra fe, fortalecemos la esperanza y nos llenamos de la alegría de la Pascua del Señor. Porque nuestro Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos. ¡Nuestro Dios vive! De ahí que la alegría del cristiano se convierte en la fisonomía propia de nuestras personas como creyentes en Cristo, del que tenemos que ser testigos-misioneros.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Mensaje al Consejo Presbiteral

23 de junio de 2022

Mis queridos hermanos sacerdotes:

Con el corazón agradecido, no sólo por vuestra presencia sino también por haber aceptado la misión de sustituir y representar al Presbiterio Diocesano de la Iglesia en Ourense, quisiera saludaros con especial afecto y animaros a emprender esta nueva singladura de nuestro Consejo que, como bien sabéis, es una estructura de la sinodalidad vivida en esta Iglesia y cuyo cometido es:

- Ayudar al Obispo en el gobierno pastoral
- Para procurar el bien de esta porción del Pueblo de Dios
- Con voto consultivo, pero que siempre he procurado acoger, aceptar e incorporar a nuestras determinaciones pastorales.

En nuestra Iglesia local tenemos otras estructuras en donde se vive esta sinodalidad:

- Os recuerdo la Asamblea de Arciprestes, Vicariprestes y Delegados Episcopales.
- Hemos vivido una experiencia sinodal en la que nos encontramos situados, bajo ese proyecto de caminar juntos y unidos que hemos titulado: ***Ourense en misión.***
- Y, últimamente, por deseo del Santo Padre, hemos participado en el Sínodo universal: ***Por una Iglesia sinodal. Comunión, participación, misión.***

Este Consejo Presbiteral a la hora de plantear sus reflexiones no puede ser ajeno a todo aquello que se ha realizado en nuestra Diócesis desde el año 2016, que ha sido la fecha en la que se inició nuestro camino sinodal.

1. Por mi parte, no estoy dispuesto a que las 132 proposiciones elaboradas por los miembros sinodales y los representantes de nuestra Iglesia se conviertan en papel mojado. Deben vertebrar, recorrer transversalmente y orientar todas nuestras reflexiones.
2. Tampoco podemos olvidar que el pasado 11 de junio, en Madrid, un grupo de esta Iglesia: tres laicos, dos de ellos mujeres, muy implicados en tareas eclesiales, un sacerdote y yo mismo, hemos asistido en representación de nuestra Iglesia en la Asamblea Final Sinodal de la Conferencia Episcopal Española. Ha sido un acto multitudinario en el que se presentó y se nos dio a conocer: la ***Síntesis sobre la fase Diocesana del Sínodo sobre la Sinodalidad de la Iglesia que peregrina en España.*** Este documento lo tenéis a vuestra disposición en la web y podéis acceder escribiendo el texto antes mencionado y la fecha, 11 de junio de 2022. Es imprescindible que leamos y reflexionemos este texto y no nos quedemos en lo que ha dicho la prensa que sólo ha subrayado unos aspectos —especialmente agradables para los Medios—, pero que no responde a la realidad de lo reflexionado por la gran ma-

yoría de los grupos sinodales de las Diócesis españolas; por delicadeza con estos grupos se ha querido recoger lo que han dicho porque uno de los criterios del Papa para este proceso es la “escucha”.

3. Tanto las reflexiones previas de nuestra Sínodo Diocesano, como la de este último sobre la sinodalidad nos han ofrecido unos análisis que no podemos dejar caer en el olvido y que deben iluminar nuestras reflexiones pastorales y las determinaciones oportunas.
4. A la luz de todo esto, quisiera animaros a todos vosotros a que nos centremos en la realidad y nos olvidemos del criterio de “cristiandad” social que tantas veces está ínsito en nuestras reflexiones y determinaciones. Estamos llamados a ser y a constituir pequeñas comunidades, abiertas y con un rostro poliédrico. De ahí que he propuesto como primer tema de reflexión para nuestro Sínodo: ***La parroquia: realidad, identidad y perspectivas de futuro***. En este mismo sentido, as ***Xornadas de encontro dos cregos de Galicia***, a celebrar en Poio, en el próximo mes de septiembre, centrará su reflexión sobre: ***O futuro da parroquia!!! La parroquia del futuro***.
5. Debemos de adelantarnos a este hecho. La situación actual no resiste cinco años, sobre todo si prestamos atención al número de habitantes de nuestras parroquias rurales y también a las del centro de la ciudad, y al número y disponibilidad de los sacerdotes. Se va haciendo una reestructuración en UaPs. Pero es necesario admitir que, la filosofía de fondo de esta estructura pastoral no ha entrado en la mayor parte del clero y, por ende, en nuestros fieles laicos.
6. Otro tema importante es la Catequesis. De manera especial del Catecumenado. Ayer mismo presenté a la Comisión Permanente de la CEE, como presidente de la Comisión de Liturgia de la CEE, la reimpresión del *Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos* (RICA), que estaba agotado. Por otra parte, tengo que deciros que se está trabajando en *Un nuevo catecismo para adultos*, teniendo en cuenta las sugerencias del nuevo *Directorio de Catequesis*, que se vertebra en cuatro apartados:
 1. Precatecumenado.
 2. Catecumenado.
 3. Purificación. Iluminación.
 4. Mistagogía.

Esperamos que se pueda aprobar en la Plenaria de noviembre. Será de una gran utilidad. Esto no quiere decir que nuestra Delegación de Catequesis no siga trabajando en la línea trazada por el Directorio porque después de ver el planteamiento de ese nuevo catecismo, creo, sinceramente que la Delegación diocesana de Catequesis, unida al Secretariado de los Catequistas de Galicia están en el mismo camino.

7. Junto con la parroquia y la catequesis, es necesario apostar por la ***Familia***; sin ella, no se podrá realizar un buen proyecto parroquial, ni catequético.

8. Por último, creo que es necesario volver a replantearnos el tema de los *jóvenes y de las vocaciones*.
 - Implicarnos en la PEG.
 - Comenzar a trabajar en la JMJ de Lisboa.
 - A raíz de la visita de la ***Cruz de Lampedusa***, he podido constatar una muy buena acogida y actitud por parte de los docentes, no sólo de los colegios concertados católicos, sino también de los públicos. Es conveniente descubrir cómo ciertos temas de solidaridad: Lampedusa, la colaboración con Ucrania por parte de comunidades parroquiales y de colegios, el voluntariado en nuestra Cáritas, etc., son un cauce de apertura a esos jóvenes que ya no van al templo y sí se acercan a estas periferias de nuestra Iglesia.
9. Relacionado con este último punto, creo que debemos de apostar por la formación de nuestras gentes, de manera especial de los agentes de pastoral. Si hace falta ayudarles, pensad cómo desde las parroquias o desde los colegios se pueden establecer becas y otro tipo de ayudas. Quisiera recordaros que, entre las reflexiones del ***Sínodo sobre la Sinodalidad***, se hace esta afirmación que creo podemos hacer nuestra: *El paso de la vivencia interior de la fe a la presencia pública transformadora de la sociedad tiene como puente la formación*. Después del *motu proprio* del papa Francisco, *Spiritu Domini* (10 de enero de 2021), en donde se clarifica el espíritu del can. 230§1, con el cual los ministerios de **Lectorado y Acolitado**, que desde el *Ministeria quaedam* de Pablo VI, habían sustituido a las llamadas ordenes menores y quedaban solo abiertos a los laicos varones, ahora, a través de este *motu proprio* se abren a todos los fieles, independientemente de su sexo; al igual que esto, el ministerio de catequistas. Además de esto, ya está a la venta el subsidio sobre las *Celebraciones en espera de presbítero* que nos puede ayudar a revitalizar, con seriedad, los equipos de ADEP para que adquieran la formación adecuada. Tenemos que apostar por el laicado mejor formado para desempeñar estos ministerios y, así, sirvan de ayuda a los sacerdotes.
10. Debemos valernos para lograr esta tarea de nuestros centros académicos de rango universitario: el Instituto Teológico “Divino Maestro”, afiliado a la UPSA y cuyos estatutos han sido ratificados recientemente por un nuevo trienio; así como el Centro de Ciencias Religiosas que, hasta el momento, estaba configurado como un aula del Instituto Superior Compostelano de CC.RR. En estos últimos días estuve hablando con dos de los arzobispos moderadores de dos entidades universitarias y, casi con seguridad, este centro pasará a convertirse en Instituto de CC.RR. Aquellos/as que deseen recibir los ministerios antes mencionados deberán cursar algunas materias en este centro. Pero sería muy necesario que el Presbiterio diocesano asumiera, como preocupación por la formación de nuestros laicos, buscar aquellas personas prejubi-

ladas y dispuestas a seguir formándose, como sucede con la llamada universidad de los mayores y se inscribieran en el Instituto Teológico “Divino Maestro”.

11. Esto no debe ser una excusa para que nos desentendamos de llevar a cabo una buena cultura vocacional, la cual resulta imprescindible. Si ya antes estaba convencido, ahora lo estoy más. Pero esa cultura vocacional pasa por los sacerdotes y, sobre todo, por las familias. Nada pueden hacer nuestros seminarios si estas dos entidades, por así decirlo, no colaboran con nosotros. Ejemplos tenemos de esta grave situación que afecta, prioritariamente, a los resultados del Seminario Menor.
12. Os animo a que con el corazón lleno de esperanza os convirtáis en verdaderos animadores de nuestros sacerdotes para que recuperen la ilusión que tantas veces ha quedado oscurecida por la inercia pastoral y las dificultades encontradas en el camino.

Muchas gracias.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Homilías

Misa Crismal

Iglesia de Santa Eufemia del Centro, 13 de abril de 2022

Os saludo con fraternal afecto a los sacerdotes aquí presentes y, en vosotros, de forma “vicaria”, a todo el Presbiterio diocesano; de manera especial, quisiera tener presente a los sacerdotes enfermos y ancianos que en otras ocasiones nos acompañaban y que hoy lo hacen de una manera espiritual.

Mis queridos diáconos y seminaristas. Os ruego que recordéis en vuestras oraciones a D. José María Melón, Diácono permanente, que lleva meses luchando con su grave enfermedad.

Miembros de la Vida Consagrada.

Hermanos y hermanas en el Señor:

Por don de Dios, este año estamos celebrando esta Misa Crismal dentro de la Semana Santa, a las puertas del Triduo Pascual. Estoy por asegurar que este hecho constituye para este Presbiterio de la Iglesia en Ourense, un motivo para dar gracias al Señor. Por eso con las mismas palabras de la Escritura os digo: *Gracia y paz a vosotros de parte de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos, el príncipe de los reyes de la tierra. Al que nos ama, y nos ha librado de nuestros pecados con su sangre, y nos ha hecho reino y sacerdotes para Dios, su Padre (Ap 1, 5-8).* En esta liturgia de alabanza a la Santísima Trinidad, son palabras hermosas las que se dirigen a todos nosotros en este saludo propio de la liturgia celestial contemplada por el autor del libro de la Revelación, último de los escritos neotestamentarios; es más, en el mismo texto se añade: *Al que nos ama y nos ha librado de nuestros pecados con su sangre nos ha hecho miembros de un reino y sacerdotes para Dios.*

Si cualquier bautizado se debe sentir “amado por Dios”, cuánto más cada uno de nosotros que, además de haber recibido el don de la vida y el regalo de la fe hemos sido escogidos por nuestro nombre propio, por puro amor de Dios hacia nosotros, tal como nos lo recuerda la profecía de Isaías que meditamos todos los años en este día: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungió. Me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres, para curar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros la libertad; para proclamar un año de gracia del Señor (...) para consolar a los afligidos, (...) para dar a los abatidos un vestido de alabanza (Is 61, 1-3a.6a.8b-9).*

En medio de una sociedad cada vez más secularizada y en un mundo en donde el neopaganismo ambiental se está infiltrando por todos los resortes

del entramado social, también en el eclesial, y en el que percibimos esa creciente *apostasia silenciosa* de muchos de nuestros hermanos, jóvenes y menos jóvenes; en medio de esa realidad, precisamente en medio de ella, nos encontramos vosotros y yo como “Sacerdotes del Señor” como “ministros de nuestro Dios”, como servidores de los hermanos y constructores de paz, alegría y esperanza.

Hermanos sacerdotes: el Señor en la Iglesia nos ha ungido con el santo Crisma, el *óleo de la alegría*, y esta unción es una invitación constante a revivir el don del ministerio sacerdotal que hemos recibido. La llamada sacerdotal, que sin mérito por nuestra parte hemos recibido, es un don precioso no sólo para cada uno de nosotros, sino también para todo el pueblo santo de Dios. Hemos sido ungidos con el *óleo de alegría* para ungir con esa misma alegría y dar la paz y la esperanza a nuestros hermanos y también a nuestros conciudadanos para que se haga efectiva aquella realidad de la primitiva Iglesia: *Y la ciudad se llenó de alegría* (Hch 8, 8).

Esa es la misión para la que hemos sido escogidos y ungidos: *Dar la buena noticia a los pobres, curar los corazones desgarrados y proclamar un tiempo de gracia* y de misericordia. Por eso, mis queridos sacerdotes, cuando a veces golpeen nuestro corazón las dudas acerca de nuestra vocación, cuando nos planteemos su sentido de una manera pragmática y seamos evaluados negativamente, cuando nos preguntemos si socialmente es infructuoso o incluso inútil el ejercicio de nuestro ministerio en la sociedad actual, recordemos esos momentos de nuestra historia que han sido y siguen siendo la historia del amor de Dios Padre para con nosotros. Recordad: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido*. Él ha sido el que ha tomado la iniciativa en nuestra vida, y su palabra ni se cambia, ni se equivoca. Dios no falla nunca.

En este sentido, a pesar de las dificultades con las que nos encontramos cotidianamente, tenemos que afirmar con fuerza que los sacerdotes sois muy queridos por los fieles. Sí, podéis creerme que esta no es una afirmación políticamente correcta o pronunciada para captar vuestra benevolencia. ¡Lo que afirmo es verdad! A pesar de todo lo que se diga de nosotros, de tantas fabulaciones, calumnias y mentiras; a pesar de las noticias estridentes y dolorosas que puedan aparecer en el horizonte mediático, os ruego que no os olvidéis de que nuestros hermanos y hermanas os quieren. Y esto os lo digo, teniendo en cuenta lo que ha quedado reflejado en algunas proposiciones aprobadas en nuestro Sínodo Diocesano. Allí hemos podido contemplar y escuchar cómo fue votada por amplísima mayoría la propuesta sinodal en la que se nos invita a *fomentar la presencia del sacerdote o del equipo sacerdotal, en la vida de sus parroquias, más allá de la Eucaristía*

dominical (Prop. 46). Si es verdad, como proclaman algunos profetas de calamidades, que nuestro pueblo no nos quiere, no pedirían que estuvierais cerca de ellos. Sí, mis hermanos, se nos pide que fomentemos más nuestra presencia cerca de nuestros fieles, nos quieren más cerca, porque sois necesarios en aquellos hogares en donde se espera –hoy más que nunca– una palabra de aliento, de paz y de esperanza; sois imprescindibles a la hora de haceros presentes entre los ancianos y las personas solas –que según las estadísticas son muchas– reclaman que les escuchéis y que les acerquéis el don de la Santa Unción de enfermos o que le llevéis la Eucaristía como Viático de vida eterna. Y no sólo eso, sino que quieren que viváis cerca de sus hogares, así lo leemos en otra proposición: *Promover la residencia del sacerdote o del equipo sacerdotal en el entorno de la parroquia, de la UaP, o del Arciprestazgo* (Prop. 47).

Sois muy queridos y vuestra labor es apreciada y muy valorada por nuestro pueblo. Es más, sabemos bien que allí donde se encuentra un sacerdote entregado, verdaderamente incardinado en su pueblo, que vive entre ellos como el que les sirve, y no sirviéndose de ellos por interés, allí nos encontramos con un pueblo que vive su sentido de Iglesia con mayor alegría, compromiso y esperanza. No tengáis miedo a haceros presente entre los vuestros, sentirlos cercanos en los momentos importantes de la vida de nuestros hermanos.

Os invito a que prestéis atención a las personas mayores, sobre todo a las que se encuentran solas y perciben en su existencia un cierto abandono de los suyos, aunque lo lleven con dignidad y silencio. Pero sabemos bien que hay silencios que matan. Apoyado en este espíritu sinodal, le he pedido a un hermano nuestro sacerdote que se preocupe de coordinar la labor con las personas mayores a nivel diocesano. No podemos olvidar que detrás de los abuelos están los hijos y los nietos. Ellos son el eslabón necesario para poder acercarnos a los que se distancian de la Iglesia.

En esta tarde, tan entrañable para nosotros, os invito a renovar la alegría de vuestra entrega. Recordad los signos de la liturgia de nuestra ordenación sacerdotal, ellos son testigos elocuentes del cariño maternal que tiene la Iglesia con nosotros al trasmitirnos y comunicarnos todo lo que el Señor nos dio: la imposición de manos, del obispo y de todo el Presbiterio; la unción con el santo Crisma; el revestimiento con los ornamentos sagrados; la participación inmediata en la primera Consagración... La gracia del sacramento nos colma y se derrama íntegra, abundante y plena en cada sacerdote. Podemos decir, de manera coloquial, que hemos sido ungidos hasta los huesos... y nuestra alegría, que brota desde lo más íntimo de nosotros mismos, es el eco de esa unción. El don que Dios nos ha concedido, que nadie ni nada puede agregar ni quitar, es fuente de alegría: una alegría incorruptible, inconmensurable, que

el Señor prometió y que nadie nos podrá arrebatarnos (cfr. Jn 16, 22), ni siquiera la muerte, no nos olvidemos: ¡*sacerdos in aeternum!*

Es verdad que a veces esta alegría puede estar en el fondo de nuestra vida, quizás atrapada por nuestros pecados e infidelidades, o por las preocupaciones del día a día, tal vez por las enfermedades y por el peso de los años; sin embargo, en lo más íntimo de nuestro ser la llamada permanece intacta, como el rescoldo en medio de las cenizas de nuestra existencia, y siempre puede ser renovada. A pesar de las dificultades y ciertas crisis en nuestro camino de fe, creedme si os digo, que nunca es tarde para recomenzar, para volver a empezar con nuevo ardor, mirando siempre hacia adelante y dejando atrás, en las manos de la misericordia divina, todo ese lastre que nos impide ser felices. Recordad aquello que el apóstol Pablo decía a Timoteo: *Te recuerdo que reavives el don de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos* (2 Tim 1, 6).

En este sentido, qué importantes y necesarios son estos encuentros del Presbiterio. Son una ocasión preciosa para revivir el don que hemos recibido sin méritos propios. Una oportunidad que se nos ofrece para saludarnos, vernos, escucharnos, tratarnos, ayudarnos...; para rezar juntos, y también para manifestar que nos queremos. El sacerdocio es un don que adquiere su sentido pleno cuando se vive en la Iglesia y en comunión con la Iglesia. Hermanos míos, han pasado los tiempos en los que algunos sacerdotes se ordenaban a “título de patrimonio”, pensando sólo en sí mismos, o en servir a su familia; nuestra vocación es y se entiende en la comunión de una Iglesia, nuestra gran familia, una familia que no tiene fronteras, que se hace presencia en un lugar determinado, con una historia concreta y con un nombre que le singulariza: la Iglesia que peregrina por las tierras de Ourense. Una Iglesia con un Presbiterio y con un Obispo concreto que nos vincula a la comunión de la Iglesia universal.

Os lo ruego como hermano, amigo y padre, recordemos hoy y pidamos en esta Eucaristía, no sólo por los hermanos enfermos y ancianos, sino también por aquellos que nunca vienen ni a estos encuentros, ni a ningún otro; parecen almas heridas, retroalimentándose en sus posiciones estériles que les encierran en su mundo autorreferencial. Recemos por ellos y salgamos, una vez más, a su encuentro.

En este día de Miércoles Santo, en el que nos hemos reunido, como es tradición en nuestra Diócesis, para renovar nuestros compromisos sacerdotales y para bendecir los Santos Óleos y consagrar el Santo Crisma, os ruego que conmigo le pidamos al Señor de la mies que haga germinar en el corazón de los niños y de los jóvenes el don de la vocación sacerdotal y les conceda la audacia de responder sin miedos a la llamada de Dios.

Mis queridos sacerdotes, hermanas y hermanos míos que participáis en esta celebración ¿Quién ha dicho que Dios no sigue llamado al sacerdocio? No caigamos en esas mentiras tan de moda, también entre nosotros, que nos repiten una y mil veces, y que nos dicen que ya no hay vocaciones y que el sacerdocio es una “casta” a extinguir. ¡No es verdad! Preguntémonos más bien qué podemos hacer, cómo podemos rezar más, de qué manera podemos vivir nuestro sacerdocio con mayor entrega y alegría. A cuántos jóvenes podemos interpelar, no sólo con el tenor de nuestra vida entregada, sino con nuestra propia palabra. No cerremos la puerta de la esperanza a la Obra de las Vocaciones. ¡Creedme! Todavía tenemos mucho que hacer. Propongámonos, todos los que estamos aquí presentes, tanto sacerdotes como religiosas y laicos, hacer esa misma pregunta que quizás un día nos han hecho a nosotros: ¿y tú, por qué no te planteas entregarte al Señor en su Iglesia? ¿has pensado alguna vez que el Señor puede contar contigo para que seas sacerdote? Tengamos el arrojo de ¡lanzar las redes! como nos recuerda el Evangelio.

En este día sacerdotal, víspera de Jueves Santo, rogad por los sacerdotes solos, ancianos y enfermos, para que resplandezca en ellos la alegría que hunde sus raíces en la cruz de Cristo y que brota de la conciencia de que llevamos el don del ministerio, que es un tesoro incorruptible, en vasijas de barro y así vayamos aprendiendo todos a vivir en la fugacidad del tiempo el gusto por la eternidad.

Que Santa María Madre y el Señor San Martín, santo de la misericordia y patrono de nuestra Diócesis, nos ayuden en este camino de fidelidad al amor de Dios, para ser mejores servidores de los hermanos.

Que así sea.

**Fiesta de San Juan de Ávila
Patrono del Clero Español**

Capilla del Seminario Mayor Divino Maestro, 11 de mayo de 2022

Vosotros sois la sal de la tierra (...) Vosotros sois la luz del mundo
(Mt 5, 11-13)

Hermanos míos sacerdotes.

Queridos seminaristas.

Hermanas y hermanos en el Señor:

Ante todo, permitidme que me dirija a los sacerdotes que celebran sus bodas de plata, oro y platino en el ministerio sacerdotal. Permitidme que con vosotros dé gracias a la Santísima Trinidad por la fidelidad de estos hermanos nuestros que nos han dado ejemplo de servicio constante en la tarea que la Iglesia les ha encomendado.

La liturgia de la Palabra que nos ofrece la fiesta de San Juan de Ávila nos presenta las imágenes de la sal y de la luz que reflejan la condición de aquellos que viven el espíritu de las Bienaventuranzas. Este capítulo del Evangelio de san Mateo está situado a continuación del Sermón del Monte de las Bienaventuranzas y con ello se nos quiere indicar que este proyecto de vida que nos ofrece el Señor quiere hacer de nosotros testigos-misioneros del amor de Dios en el mundo.

Dicen los clásicos que *repetita semper iuvant*, es decir, repetir las cosas siempre ayuda. Por eso, soy consciente de que lo que os digo en estos momentos estoy por asegurar que ya os lo han dicho en otras muchas ocasiones, sin embargo, creo que es necesario.

El espíritu del Sermón del Monte nos da las pautas esenciales para llevar a cabo un programa de santidad de vida tanto personal, como, evidentemente, comunitaria. No se entiende, dentro del marco de la vida cristiana, una lucha por la santidad que no abarque estas dos dimensiones: lo personal y lo comunitario. Ese ejemplo lo encontramos en las personas de los santos, los mejores amigos de Dios. Los rostros más bellos de la Iglesia. En este caso, lo descubrimos en la persona, vida, escritos y discípulos de San Juan de Ávila.

En su vida y escritos, aprendemos que el sacerdote debe luchar por ser *moldeado por el amor de Dios*. Es necesario para ello hacer una experiencia viva de ese amor misericordioso, que deje eco en nuestras vidas para que, una vez transformadas por ese amor, seamos transmisores del mismo en medio de nuestros pueblos y, sobre todo, de sus gentes. Dejarse moldear por el amor de Dios es tanto como afirmar que el sacerdocio nunca debe ser considerado un funcionariado de lo sacro, que el sacerdote no se deja llevar por la ley del “cumplimiento”.

Ser moldeados por el amor misericordioso de Dios supone, también, que el sacerdote se deja *seducir por la Eucaristía* –amor de los amores–. La relación íntima entre el sacerdocio y la Eucaristía es algo patente desde el mismo momento de nuestra ordenación: nacemos en la Eucaristía y somos configurados para celebrar y ofrecer la Eucaristía. El sacerdote debe ser un cristiano eminentemente eucarístico. Esto quiere decir que toda nuestra jornada debe girar en torno a este misterio de amor; pero no sólo la de los sacerdotes, también la de todos los demás fieles, porque la Eucaristía debe ser el centro y la raíz de toda la vida de un cristiano.

Por eso es tan importante, mis queridos alumnos del Seminario de la Inmaculada, que dentro de esa innovación educativa que hemos implantado en nuestro Seminario Menor, la Eucaristía forme parte sustantiva de la programación cotidiana; y no porque queramos convertir el Seminario en la “fábrica de curas”, eso sería un disparate, porque los curas ni se hacen, como si fueran una vajilla de porcelana; ni se cultivan, como si fuesen las flores del jardín. Los sacerdotes son el regalo de Dios a un pueblo que tiene fe. Que la Eucaristía ocupe un puesto destacado dentro de las muchas actividades de vuestro proyecto educativo es imprescindible para construir auténticos ciudadanos libres, de esos que son capaces de construir una civilización nueva, la del amor, de la comprensión, del respeto, de auténtica tolerancia, de paz y de verdadero progreso. Aprender a vivir de la Eucaristía es una disciplina que os hace auténticamente libres porque os ayudará a comprenderos en plenitud sin descuidar esa dimensión de trascendencia que hoy es imprescindible sobre todo si queremos ayudar a una sociedad enferma en la que cada día aumentan, no sólo los abortos y los proyectos de eutanasia, sino que suben los suicidios, incluso de personas muy jóvenes. ¿Por qué? ¿No será acaso que uno de los motivos es que estamos educando a nuestros niños sin ningún soporte moral y sin ninguna perspectiva de trascendencia?

San Juan de Ávila le recordaba, también, a los sacerdotes que ellos son verdaderos *criadores de Dios*. Sólo hay un hombre que puede decir: esto es mi cuerpo, esta es mi sangre, yo te absuelvo de tus pecados..., a través de estas palabras y de los signos correspondientes; esa persona, quizás cargada de pobrezas y de miserias, es asumido por Dios en el corazón de la Iglesia, para que, con la fuerza del Espíritu, dentro de esta Iglesia, realice el querer de Dios. Criar a Dios en nuestras vidas es una aventura de amor, un prodigio de la gracia que estos hermanos nuestros, cuya fidelidad hoy celebramos, han venido realizando en medio de nuestras gentes para ayudarlas y acompañarlas en su camino de santidad.

El Maestro Ávila –como muchos de vosotros le habéis llamado durante tantos años– estaba abrasado por *el celo por las almas*, así lo decía él. Y era

consciente de que este sublime proyecto pastoral sólo sería realizable si los ministros son santos. Así entendió la reforma de la Iglesia de la que tanto se hablaba en aquellos momentos. San Juan de Ávila estaba convencido de que sólo habría verdadera reforma si se tomaba en serio la reforma de costumbres de los eclesiásticos, comenzando por la cabeza. Esta idea adquiere una especial resonancia en el pensamiento del papa Francisco cuando nos dice que no se puede llevar a cabo una conversión pastoral si antes no se toma en serio una conversión personal.

Esa conversión es la lucha cotidiana por ser sal y luz. La sal, lo sabemos bien, preserva de la corrupción a los alimentos y le da un gusto especial a nuestra comida cuando es sazonada adecuadamente. Cuando el Señor afirma que los discípulos somos sal de la tierra, nos quiere decir que estamos llamados a ser con nuestras vidas los encargados de dar sabor a todo lo humano; es decir, a hacer divinos todos los caminos de la tierra como afirmaba aquel sacerdote santo. Eso sólo lo podemos hacer con nuestra vida santa, haciendo realidad aquello que se afirmaba en un escrito de los primeros siglos: *Lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo (Epístola a Diogneto, 6,1)*

Del mismo modo, la luz es imprescindible si queremos caminar, si queremos vivir una existencia transparente y auténtica. Esa luz es el ejercicio de la caridad, aquello que nos constituye como auténticos testigos. ¡Cuándo nos convenceremos de que, si deseamos unas comunidades vivas y unos cristianos más apostólicos, la clave la tenemos en nuestra manera de vivir, siendo coherentes, entregados, cercanos, hombres de escucha, o como decía san Juan de Ávila, *cantores de las misericordias de Dios y pastores con entrañas de misericordia!* Y no sólo eso, sino que así se lo enseña a los laicos el Concilio Vaticano II: *Son innumerables las ocasiones que tienen los laicos para ejercer el apostolado de la evangelización y la santificación. El mismo testimonio de su vida cristiana y las obras hechas con sentido sobrenatural tienen eficacia para atraer a los hombres hacia la fe y hacia Dios: “alumbre así vuestra luz ante los hombres y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Vaticano II, Apostolicam actuositatem, 6).* Y eso se lo dice el Concilio a los seglares, ¡cuánto más a nosotros los sacerdotes!

Si perdemos nuestra identificación sacerdotal, si la vivimos como emboscada, nos quedaremos en nada, ni siquiera seremos considerados meros agentes sociales de segundo nivel. Sin embargo, si vivimos con esa autenticidad que nos han enseñado en el Seminario, y fuimos aprendiendo en la doctrina y en la vida de los santos sacerdotes, como san Juan de Ávila, pero de manera especial en el conocimiento y en el trato orante y contemplativo con el Señor, aprenderemos a ser mansos y humildes de corazón, *amigos de los pobres* como decía san Juan de Ávila, dándole a ese concepto de pobreza

toda su amplitud; lucharemos por ser transparentes en nuestras acciones, honestos en la custodia de los bienes de la Iglesia, celosos defensores de los hermanos más vulnerables, testigos valientes y alegres del Evangelio y, además de todo esto, seremos fecundos apostólicamente y trasmisores del regalo de la vocación sacerdotal a tantos jóvenes. Comprometámonos cada uno de nosotros allí donde nos encontremos, aunque no tengamos un cargo pastoral a casusa de los años o de la enfermedad, a ser constructores de esa cultura vocacional que tanto necesitamos en nuestra Iglesia y en nuestras tierras de la vieja España.

La espiritualidad que brota de los escritos de san Juan de Ávila es, eminentemente, cristológica; sin embargo, para él es imposible separar su amor a Jesucristo de aquel que le profesó a su Madre Santísima, llegando a decir que *preferiría estar sin pellejo antes que sin devoción a la Madre de Dios*. Hermanos míos, en este mes de mayo, mes muy mariano en el que nuestro corazón, tanto en esta ciudad como en otros lugares de la Diócesis, se centra en la devoción a esa imagen de la Virgen Blanca, Nuestra Señora del Rosario de Fátima, pongamos en las cuentas de nuestro Rosario una intención cotidiana que debe concretarse en pedir a la Madre de Dios que nos conceda vocaciones, así como la gracia de la santidad y de la perseverancia a nuestros sacerdotes y seminaristas.

Que así sea.

Ordenaciones de Presbiterado y Diaconado

Capilla del Seminario Mayor, 4 de junio de 2022

¡Nos apremia el amor de Cristo!

(2 Cor 5,14)

Os saludo con especial afecto a los rectores y formadores de los Seminarios “Divino Maestro” y “Redemptoris Mater”, a los profesores, párrocos y demás sacerdotes que habéis colaborado en esta tarea vocacional.

Con afecto cordial saludo a los familiares de los ordenandos.

También a los fieles de las parroquias en donde han realizado sus tareas pastorales y a los integrantes del Camino Neocatecumenal que os habéis acercado hasta aquí desde distintos lugares:

Gracias, en especial, a los familiares y amigos de Benjamín que con mucho esfuerzo habéis cruzado el Atlántico para acompañarle y acompañarnos; con vuestra presencia, no exenta de sacrificio, nos hacéis sentir la dimensión católica de la Iglesia y nos ayudáis a vivir mejor la comunión y la sinodalidad. Hace algunos años la Iglesia ourensana, que siempre fue y sigue siendo muy misionera, enviaba sacerdotes y religiosos allende sus fronteras, de manera especial a las tierras de Hispanoamérica para colaborar en la tarea evangelizadora. Hoy sois vosotros los que tenéis que ayudarnos. Mil gracias por la generosidad de vuestros hijos.

Permitidme, mis queridos hermanos y hermanas, en especial, mis queridos hermanos sacerdotes, tanto los que pertenecéis a este Presbiterio como los amigos que hoy nos acompañáis; permitidme, mis queridos Benjamín, Miguel y Mauro que os repita una vez más este pensamiento del apóstol Pablo: *¡Nos apremia el amor de Cristo!* Sí, sólo con un corazón ganado **por** y **para** Cristo se es capaz de contemplar a nuestros pueblos y a sus gentes, que tantas veces caminan como ovejas sin pastor, y sentirse interpelados por el amor misericordioso de nuestro Dios que quiere llevar, hasta la parroquia más pequeña de nuestra Diócesis, la Palabra de Dios y los sacramentos de la Iglesia, para hacer posible así la nueva tarea evangelizadora.

El ministerio que vais a recibir en el grado del Presbiterado y del Diaconado, respectivamente, es un regalo con el que el Señor bendice a la Iglesia y, a través de ella, por el ministerio del Obispo, con la ayuda de sus más estrechos colaboradores –los presbíteros–, ese regalo llega hoy a vuestras vidas. Os ruego que no lo recibáis como un premio a vuestros méritos, ni como una recompensa a vuestra perseverancia después de una prolongada etapa de formación en el Seminario. ¡Acogedlo como don y misterio!

Esta acogida sólo es posible si a lo largo de vuestra existencia, tanto en el Seminario como en vuestros destinos pastorales y en el seno de la familia,

habéis descubierto que la vida sacerdotal adquiere su sentido cuando somos capaces de vivirla en el *horizonte de la primacía de la gracia* que puede y debe ser reactualizada a través del ministerio de la reconciliación, que nos recuerda la primera lectura de esta celebración: *El que es de Cristo es una criatura nueva. Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado. Todo esto viene de Dios, que por medio de Cristo nos reconcilió consigo y nos encargó el ministerio de la reconciliación (...) Por eso, nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo os exhortara por nuestro medio. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios (2 Cor 5, 20).*

Recordad que, como sacerdotes, debéis de esforzaros por ser ministros de reconciliación y, por consiguiente, constructores de paz. Esto quiere decir que, si acogemos el don del Espíritu en la Iglesia y nos convertimos en ministros y servidores de la comunión y, por consiguiente, agentes vivos de sinodalidad, estamos llamados a ser hombres de reconciliación, de paz y de unión. De ahí que, recordando las enseñanzas del papa Francisco: *a veces parece que hoy se repite aquello que ha acontecido cuando el Pueblo de Dios se propuso construir la torre de Babel: divisiones, incapacidad de comprenderse, confusiones, rivalidades, envidias, egoísmos. Y ante todo esto me debo preguntar: Yo, ¿qué hago con mi vida? ¿soy constructor de unidad en mi entorno o divido con los comentarios, las críticas, las envidias? Yo, ¿qué hago? Pensemos en esto –dice el Papa–. Debemos llevar la luz del Evangelio y anunciarlo a nuestros hermanos, pero para ello debemos vivirlo primero nosotros mismos; debemos ser instrumentos de reconciliación, pero necesitamos, en primer lugar, vivir personalmente el espíritu de lo que supone esta reconciliación con nosotros mismos, el perdón, la paz, la unidad y el amor que nos regala el Espíritu Santo (Audiencia general del 22 de mayo de 2013).*

Mis queridos Miguel, Benjamín y Mauro: convenceos de que estáis llamados a ser constructores de *la belleza de la unidad*. Ésta es una de las grandes riquezas de la Iglesia. Esforzaos por hacer crecer la unidad, el espíritu de comunión en la familia, en la parroquia, en la Diócesis. Si lucháis por vivir así, os daréis cuenta de que brotará en lo más íntimo de vosotros mismos el gozo y la paz; si, por el contrario, sois instrumento de desunión y quebráis la comunión de la Iglesia, muy pronto la amargura, la tristeza, el rebote contra todo y contra todos se convertirá en caldo de cultivo de vuestra propia infelicidad.

Si no queréis vivir así, y no deseáis llegar a esa situación tan incómoda para todos, no sólo para el sacerdote mismo sino también para toda la Iglesia, ya sabéis el camino. Os lo enseñaron en el Seminario. Ese camino se llama: santidad personal. Y santidad significa plantear nuestra vida bajo la mirada del Espíritu Santo, Señor y Dador de vida, Constructor de la unidad deseada.

Es necesario mantener siempre nuestro corazón abierto al querer de Dios que nos ayudará a ser hombres disponibles para el servicio. Tened cuidado de no caer en esa *dañina objetividad* que nos afecta tanto hoy en día, de tal modo que, cuando nos encomiendan un servicio en la Iglesia, sólo lo aceptamos si antes lo racionalizamos, si analizamos los *pros* y *contras*, lo consultamos con nuestro círculo de amigos, y, por último, si nos conviene o no, lo aceptamos o rechazamos. Cuando actuamos así, podemos tener la certeza de que nos falta esa visión sobrenatural que nos hace inmensamente libres, ya que, en el día de nuestra ordenación, por don y misterio, hemos acogido y aceptado como don de Dios, una vocación de servicio.

A medida que pasa el tiempo, y viviendo y sufriendo las historias de vida de nuestros hermanos, he llegado al convencimiento absoluto, de que el problema fundamental que estamos viviendo en la Iglesia, a todos los niveles, es que no tomamos en serio ese proyecto de vida que arranca ya desde nuestro Bautismo y que se llama *santidad personal*. Así nos lo recuerda el Santo Padre en esa exhortación apostólica, *Gaudete et exsultate*, sobre la llamada a la santidad en el mundo actual (2018). Y somos conscientes de que este compromiso sólo se puede vivir si nos movemos en la dinámica de la oración. ¡Creedme! No basta con despachar la *Liturgia de las Horas*, que llevamos en nuestro móvil y pensar que ya hemos hecho oración.

Si queréis que la alegría y el gozo que estáis experimentando en este día de vuestra ordenación se prolongue a lo largo de vuestra existencia sacerdotal sin llegar a quemaros prematuramente, echándole la culpa de todos vuestros males a la institución, al obispo y a sus colaboradores, a los compañeros del entorno o incluso a los fieles que no responden ni con su presencia ni con sus limosnas, debéis de tener cuidado para no dejaros arrastrar por la pendiente de la tibieza y de la inercia pastoral; debéis ser constantes y fieles, cotidianamente, a esos momentos fuertes de oración. Sólo así aprenderéis a vivir con sencillez y humildad el ministerio; sólo así seréis capaces de vivir la fraternidad sacerdotal; sólo así podréis llevar adelante las tareas pastorales que se os encomendarán; sólo así vuestra existencia será plena y os convertiréis en apóstoles de apóstoles. Además, os ruego que no caminéis solos. Si en el Seminario os insistían en la importancia de la Dirección Espiritual, ahora que se inicia el ejercicio de vuestro ministerio y que las complicaciones se multiplicarán por generación espontánea, ahora, digo, es más necesario que antes ese acompañamiento personal. No caigáis en la tentación de dejarlo. Sería un mal comienzo y anuncio de un pronóstico reservado en el ámbito personal, pastoral y eclesial.

El texto del Evangelio (Mt 9, 35-38) que hemos proclamado lo propone el Ritual de Ordenaciones. En él se nos habla de los sentimientos de Jesús

cuando recorría aquellas villas y aldeas: *Al ver a las gentes, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor. Entonces dijo a sus discípulos:*

-La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies.

¡Mis queridos amigos ordenandos! Os ruego que a través de un auténtico cultivo de la oración aprendáis a mirar a nuestros pueblos y a sus gentes a través de los ojos de Jesús, el Divino Maestro, y así aprenderéis a querer esa realidad a la que se os enviará –como han hecho los buenos sacerdotes de nuestra Iglesia, de cuya fidelidad y sacrificio estamos viviendo todavía hoy; como ha hecho el santo cura de Ars, que nos lo han propuesto tantas veces los papas para nuestra imitación–. Si sabemos contemplar la realidad a través de la mirada de Jesús, no nos olvidaremos que el sacerdote es: ¡el mismo Cristo! Sabremos quererla y nos daremos cuenta de que: ¡La mies es mucha! Y hoy de una manera especial, porque las circunstancias han cambiado y no son tan complacientes como antaño; de ahí que sea necesario ser hombres recios de fuerte espiritualidad; que nada ni nadie os pueda apartar de la fidelidad a Cristo y a su Iglesia.

¡La mies es mucha! Os encomiendo de corazón que no os rindáis a la hora de convertirlos en agentes vocacionales. No os preocupéis sólo de ese muchacho que está estudiando bachillerato; pensad en aquellos otros que hacen formación profesional, abrid vuestro corazón y salid al encuentro de aquel joven profesional. ¡Dios sigue llamado! Quizás nosotros, las familias –incluso las que tienen un planteamiento cristiano de su existencia–, los profesores creyentes, nos hemos dejado ganar por el ambiente secularizador y neopaganizado y nos da miedo plantear a nuestros jóvenes la posibilidad de la llamada de Dios.

En este sentido, con qué fuerza nos interpela una de las proposiciones de nuestro Sínodo Diocesano, aprobado por mayoría aplastante por todos los sinodales que dice así: *Iniciar un itinerario de formación e información de la cultura vocacional en un sentido amplio que ayude a los jóvenes a descubrir y vivir su vocación cristiana (laical, sacerdotal, consagrada) (69)*. Y la siguiente dice así: *Promover las vocaciones a la vida sacerdotal y consagrada en la comunidad eclesial, y acompañar la respuesta libre y consciente de los candidatos (70)*.

La ruta está trazada; muchos instrumentos para realizarla ya los tenemos: grupos de oración, grupos bíblicos para jóvenes, catecumenado de adultos, asociaciones apostólicas, distintas formas de peregrinación a Santiago, la PEG, la próxima JMJ de Lisboa... Sólo nos falta vibración y empuje apostólico y eso sólo brota de un corazón generoso, disponible y, sobre todo,

orante. Para ser esos sacerdotes, esos ministros servidores de la comunidad, procurad tomar en serio en vuestro día a día vuestra vida de oración y vuestra coherencia de vida; por favor, no seáis hombres de iglesia por las mañanas y a media tarde y, después “chicos de pueblo”, como les decía aquel buen pastor a sus sacerdotes. Sed coherentes y fieles en lo poco y seréis felices en el ejercicio de vuestro ministerio que debe abarcar toda la existencia, porque el sacerdocio ministerial no es un funcionariado sacro temporal: terminado el ejercicio de un servicio finaliza éste. Ya sabéis que no es así; os lo han dicho muchas veces en el Seminario y vuestro Director espiritual; yo mismo os lo he repetido la última vez que nos hemos encontrado en la Casa de Ejercicios.

Sed fieles y seréis felices. Sed muy fieles y seréis muy felices. Que Santa María, Madre del Divino Maestro, Madre del Redentor, os ayude a vosotros y a mí a ser sacerdotes de acuerdo con el Corazón de Cristo.

Amén.

Fiesta de San Josemaría

Parroquia de Santa Eufemia la Real, Ourense, 27 de junio de 2022

Mis queridos hermanos y hermanas.

Queridos hermanos en el sacerdocio.

Saludo con especial afecto a los fieles de la Prelatura del Opus Dei que vivís vuestra vocación en estas tierras ourensanas:

Este año, al caer la celebración litúrgica de la fiesta de San Josemaría en domingo, nos hemos visto obligados a postponer su celebración al día de hoy. Lunes de la XIII Semana del Tiempo Ordinario y, de manera especial, en este día recordamos al Papa Francisco, porque hoy celebramos el trigésimo aniversario de su ordenación episcopal. Tengámoslo presente en nuestras oraciones.

La liturgia de la Palabra nos ha ofrecido, en la primera lectura, el texto del Génesis para ayudarnos a retomar parte del espíritu que este santo sacerdote ha dejado esculpido en el espíritu del Opus Dei. De hecho, una hermosa síntesis de la doctrina que brota de este primer libro de la Sagrada Escritura, lo encontramos en una de las homilías de San Josemaría. Aquella que alguien ha titulado: *Amar al mundo apasionadamente*. La primera vez que la encontramos publicada aparece al final de un libro, en el que se recogen unas entrevistas al fundador del Opus Dei, realizadas en la década de los años sesenta y que muchos de los que estamos aquí hemos leído. Me refiero a *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer* (Madrid 1969). Si queremos tener un conocimiento acerca, no sólo de la doctrina y de la vida de este santo sacerdote, sino de sus opiniones sobre aquellos temas que hoy siguen siendo de actualidad, os recomiendo su lectura.

La homilía a la que me refiero fue pronunciada en el campus de la Universidad de Navarra el 8 de octubre de 1967. Un sacerdote mayor de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, al que tuve que acompañar en mis años de estudiante al Santuario del Santo Cura en Ars y después al monasterio de Taizé, tenía una grabación de la misma y he podido escucharla varias veces con atención y agradecimiento.

Hermanos míos: A lo largo de nuestra existencia sobre la tierra nos encontramos con una serie de mediaciones de la Providencia de Dios. Ante este hecho sólo caben dos posibilidades aceptarlas y acogerlas con agradecimiento, o bien, haciendo uso de nuestra libertad, rechazarlas. Evidentemente, rechazarlas es siempre un riesgo de nuestra libertad, pero que en ocasiones no somos muy conscientes de sus consecuencias.

Pasado el tiempo de aquel encuentro con aquella homilía, ya en Roma siendo estudiante de Filosofía, he tenido la ocasión de conocer y escuchar

al profesor Cornelio Fabro, converso al cristianismo gracias a la lectura de alguna de las obras de Tomás de Aquino; buen pensador crítico, experto en el pensamiento contemporáneo. Poco después de la muerte de san Josemaría, acaecida el 26 de junio de 1975, este profesor escribió un largo análisis filosófico sobre esta homilía y llegó a denominarlo: *Materialismo cristiano*. Un título muy llamativo, sugerente, atractivo y muy atinado.

Los santos, los mejores hijos de la Iglesia, son testigos de la fe en Jesucristo, pero su fe siempre resulta una fe encarnada en la realidad. Su vida es ajena a todo signo de espiritualismo desencarnado, de puro angelismo. Todo lo contrario. Para los santos, la vida cotidiana es el escenario en donde se debe desarrollar nuestra fe cristiana. Con qué fuerza lo repetía este santo sacerdote, cuya memoria nos ha reunido aquí para celebrar esta Acción de gracias: *Allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo. Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres.*

Esta idea es la que se desprende del texto del libro del Génesis que acabamos de escuchar en primer lugar: *El Señor Dios tomó al hombre y lo colocó en el jardín de Edén, para que lo guardara y lo cultivara* (Gen 2, 4b-9.15). Estamos viviendo una época en donde el ecologismo surca como un elemento trasversal casi todo el pensamiento humano, pero en ocasiones es pura apariencia. Es bien cierto que Dios ha creado este cosmos en el que habitamos, pero no lo es menos que se lo entregó al ser humano para cultivarlo, trabajarlo, custodiarlo. De ahí que tantas veces el Magisterio pontificio nos habla del verdadero ecologismo humano. Ese cuidado por las cosas, los animales y la vida humana que brota como una exigencia de nuestra existencia creyente. Una existencia cocreadora con el Creador. Pero no podemos caer en la ideologización de la ecología. Hermanos míos nos enternecemos ante un pequeño animal, o una especie vegetal que está al borde de la extinción, y resulta que en ocasiones –dejándonos llevar de las ideologizaciones que invaden nuestro interior y nuestros hogares a través de los medios– somos insensibles ante la vida humana incipiente que se está desarrollando en el vientre de su madre o la de aquellos más vulnerables a causa de la enfermedad y de los años. Un cristiano es siempre testigo y defensor de la vida, de toda vida.

En la predicación de san Josemaría nos encontramos con textos muy comprometidos en los que se nos habla de “materializar la vida espiritual”, y de evitar el llevar una doble existencia: una interior, que supone una relación con Dios, y otra como separada y diferente: nuestra vida profesional, familiar, o nuestro compromiso sociopolítico. Él mismo, con la fuerza y la pasión que

ponía en sus palabras, decía en la homilía a la que me refiero: *Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésta es la que tiene que ser santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas visibles y materiales (...)* No hay otro camino: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca.

Esta doctrina a la que hoy estamos habituados y nos parece corriente, sobre todo después del Vaticano II y del magisterio de los últimos papas, no lo era tanto cuando hace 94 años, aquel joven sacerdote, en medio de situaciones sociopolíticas nada propicias, se convirtió en el fundador del Opus Dei. Fue en aquellas circunstancias en donde proclamó la grandeza de la vida corriente y la santificación de la vida ordinaria.

Mis hermanos y hermanas: resulta muy curioso, pero quisiera comentároslo. El pasado 11 de junio asistía, acompañado de un sacerdote y tres laicos –dos de ellas mujeres– a la clausura de la fase sinodal en España sobre la invitación que el papa Francisco nos había hecho a todos los creyentes para participar en el Sínodo de los Obispos, sobre el tema: *Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión*. Descubríamos, como hijos de Dios, verdad que brota de nuestro Bautismo y que nos recordaba la segunda lectura de esta Misa, que si queremos lograr una auténtica conversión, debemos ser conscientes de la importancia que tiene la oración, los sacramentos, la activa participación en las celebraciones y la formación sobre los contenidos de nuestra fe. En definitiva, se nos invitaba a vivir una espiritualidad dinámica, positiva, alegre que nos conduzca a una renovación interior y, como consecuencia a un vibrante apostolado. Para lograrlo, en las propuestas sinodales se nos recuerda que es necesario un encuentro con Jesucristo, porque este es el punto de partida de cualquier proceso de cambio; ya que no seremos creíbles en el exterior, delante de nuestros conciudadanos, si no cuidamos nuestro interior. Cuántas veces este santo sacerdote les recordaba a los jóvenes que le acompañaban en las catequesis por el Madrid prerrepublicano: *Ojalá fuera tal tu compostura y tu conversación que todos pudieran decir al verte o al oírte hablar: éste lee la vida de Jesucristo (Camino, 2)*. Desde aquel momento han pasado muchos años y resulta aleccionador cómo el mensaje de los santos tiene algo de perennidad que le hace no pasar de moda, no perder la actualidad.

Esto que decimos encuentra un eco especial en una de las reflexiones del Sínodo de los Obispos del que previamente he hablado. Allí se puede leer que hay que evitar todo *clericalismo bilateral, es decir, un exceso de protagonismo de los sacerdotes y un defecto de responsabilidad de los laicos. Vemos que tiene una doble causa; por un lado, los sacerdotes, por inercia, desempeñan funciones que no les son propias y no impulsan la corresponsabilidad laical;*

por otro lado, los laicos no asumen su papel en la edificación de la comunidad, por comodidad, por inseguridad, por miedo a equivocarse o por experiencias negativas anteriores. Algunos siguen pensando que la Iglesia es cosa de los curas y lo de fuera es cosa de los laicos.

San Josemaría ya decía a los laicos, en los lejanos años veinte –tanto a las mujeres como a los hombres– que, para evitar esta perniciosa dicotomía, tenían que difundir por todas partes una *verdadera mentalidad laical, que había de llevar a tres conclusiones:*

- *A ser lo suficientemente honrados, para pechar con la propia responsabilidad personal.*
- *A ser lo suficientemente cristianos, para respetar a los hermanos en la fe que proponen –en materias opinables– soluciones diversas a la que cada uno de nosotros sostiene.*
- *Y a ser lo suficientemente católicos, para no servirse de nuestra Madre la Iglesia, mezclándola en banderías humanas.*

Las consecuencias de la falta de mentalidad laical han llevado a la Iglesia, como institución, a sufrir, con el paso del tiempo, el acoso de un anticlericalismo beligerante. Tenemos que luchar por ser capaces de presentar otro rostro de la Iglesia, como nos lo han enseñado los santos, sabiendo que cada uno de los bautizados, en la medida en que, ayudados por la oración y los sacramentos, intensificando nuestra formación y viviendo con coherencia nuestro trabajo profesional, somos el rostro de la Iglesia.

A los santos les dolía contemplar cómo gran parte de los bautizados se alejan de la fe, se mantienen al margen de la misma o quizás se instalan en posturas fuertemente ideologizadas contra una Iglesia que dicen conocer pero que la ignoran. Hoy más que nunca es imprescindible apostar por la formación, debemos intensificar el anuncio del *kerigma* cristiano; es decir, de la síntesis de nuestra fe. Hoy es necesario anunciar a Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que en virtud del misterio de la encarnación –gracias a la fidelidad de la Madre inmaculada– hizo visible el rostro de Dios. Pero un Dios de vivos. No una realidad distante y ajena a nuestra historia y a nuestras vidas. Por eso, algunos desearían que redujésemos la vivencia de nuestro cristianismo a la quietud de nuestros templos o que quedase encerrada en los ambientes de nuestras sacristías. ¡Claro que les molestamos! Por eso es muy importante no callar, sino proclamar la verdad del Cristo vivo en medio de una sociedad que tantas veces se deja llevar de la cultura de la muerte.

Jesús, a través del texto del Evangelio proclamado en esta liturgia, nos dice con insistencia: *Rema mar adentro, y echad las redes para pescar* (Lc 5, 1-11). Y, ante esta invitación de Jesucristo, corremos el riesgo de decir como aquellos que estaban con Simón en la barca: *Maestro, nos hemos*

pasado la noche bregando y no hemos cogido nada...; esta es la disculpa que todos repetimos con frecuencia. Estamos aquejados de un realismo pesimista. Tantas veces nos atrapan nuestros fracasos, sabiendo bien que los fracasos nos santifican, las omisiones no. Tenemos que seguir implicándonos en todas las tareas de apostolado personal y eclesial. ¡*La mies es mucha!* Los obreros pocos. Necesitamos, en estos momentos de realismo objetivo y excesivamente reaccionario que nos impide salir al encuentro de los demás, dejarnos interpelar por el testimonio de san Pedro que, ante las justificaciones de sus frustrados compañeros de barca, después de estar bogando toda la noche, sin haber pescado nada, dice: *Pero, por tu palabra, echaré las redes.*

Sólo viviendo ese encuentro con Cristo seremos auténticos testigos, porque como nos recuerda san Josemaría: *Si eres otro Cristo, si te comportas como hijo de Dios, donde estés quemarás: Cristo abrasa, no deja indiferentes los corazones* (Forja, 25). Por eso, si siempre ha sido imprescindible cuidar nuestro encuentro con Cristo a través de la oración personal, de la lectura de su vida que es el Evangelio –Cristo vivo–, de la frecuencia de los sacramentos –en especial del sacramento de la Penitencia, que es llamado el sacramento de la Alegría–, del cuidado en nuestra formación en la fe, de nuestro espíritu de escucha a aquellos que, como nosotros, son peregrinos en el camino de la vida, hoy ese proceso de “crisificación” es absolutamente necesario. Acaso no contemplamos con dolor, y sufrimos con lo que pasa con nuestros niños y jóvenes: ¿qué se siembra en sus corazones?; con aquellos que rechazan el hermoso proyecto de vida que encierra la vocación matrimonial; con la incomprensión ante la belleza de la paternidad y la maternidad; no podemos quedarnos tranquilos ante el vaciamiento de nuestros seminarios y noviciados. ¡Debemos reaccionar! No podemos seguir pensando que eso es cosa de los curas o del obispo.

Una de las ideas fuertes de la predicación de san Josemaría ha sido, y sigue siendo –porque los santos no pasan– la ***llamada universal a la santidad***. Una llamada que ha sido confirmada por la constitución dogmática *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II y que el papa Francisco nos ha recordado con su fuerza y estilo característicos en la Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*. No nos cabe duda alguna que todos los que nos encontramos hoy aquí hemos sido elegidos por el Señor y con el Bautismo se nos ha concedido una vocación santa, por eso no podemos olvidar que *toda elección divina significa –y exige– santidad personal* (Forja, 58).

En esta Iglesia particular en la que vivimos, estamos en una etapa postsinodal; en ella se nos invita a descubrir que no se puede hablar de una conversión pastoral, eclesial, comunitaria, estructural –sinodal, si queréis– si no se vive una conversión personal. San Josemaría ha vivido esta experiencia

de conversión a lo largo de toda su vida, lo que le ha llevado a escribir: *Luchar por amor hasta el último instante de nuestra vida*, nos ayudará a ser levadura en la masa, pero que la masa de nuestra existencia se encuentre empapada por el amor misericordioso de Aquella que es vida, dulzura, ternura de Dios y esperanza nuestra. ¡Que nos ayude la Santa Madre Dios que es nuestra Madre!

Que así sea.

Cartas

Carta a los misioneros con motivo de Pentecostés

Mis queridos hermanos y hermanas que os encontráis lejos de vuestra tierra por amor a Jesucristo:

Como viene siendo costumbre, quisiera dirigirme a vosotros con ocasión de la solemnidad de Pentecostés, para haceros llegar el sentimiento lleno de cariño y afecto reconocido, sabiendo bien que en cada uno de vosotros, esta Iglesia particular ourensana, se siente bendecida con vuestra presencia en los distintos lugares en donde os encontráis “incardinados”, porque es precisamente ahí en donde hacéis presencia viva de esta Iglesia que tiene una gran vocación misionera y así se recoge ese espíritu, una vez más, en alguna de las proposiciones de nuestro Sínodo Diocesano.

Todos estamos llamados a la misión y el lema de este año para el día de Pentecostés reza así: *Sigamos construyendo juntos. El Espíritu Santo nos necesita*. Sólo unidos, los de aquí y los de allende nuestra tierra, al caminar juntos no sólo nos enriqueceremos a nosotros mismos, sino que construiremos una Iglesia que debe ser auténticamente “samaritana” y “en salida”. Este 2022 sigue siendo un año especialmente complicado para todos. Seguimos viviendo las consecuencias de la pandemia provocada por el covid-19, que se percibe en la marcha ralentizada de nuestras comunidades cristianas y en una inercia que afecta a la vivencia y a la celebración comunitaria de la fe, así como en la pérdida del sentido del Día del Señor. A todo esto hay que añadir la grave resaca económica y, como consecuencia, el aumento de los migrantes que buscan entre nosotros “otra vida mejor”. La Iglesia en Ourense, que como bien sabéis ha sido siempre una familia acogedora, ha luchado siempre por descubrir el rostro de Jesús en cada uno de esos hermanos y hermanas que vienen de lejos. Revivimos en ellos la misma experiencia que tantos de nuestros mayores han realizado en el siglo pasado a otras tierras en busca de “pan y trabajo digno”. Ourense sabe bien lo que esto significa, por eso se desborda en atención, cariño y acogida a estos hermanos y hermanas; en este caso, a niños, jóvenes y mujeres.

Al rostro de este movimiento migrante que nos afecta permanentemente – en nuestra misma ciudad ya hay barrios que están llenos de buenas gentes que provienen de otros países, sobre todo latinoamericanos –, hay que añadir ahora la experiencia dolorosa de la guerra en Ucrania y las graves consecuencias que todo conflicto bélico trae consigo. En nuestro Seminario Menor, y en otras instalaciones, tanto de particulares como de instituciones, se han acogido grupos de refugiados ucranianos, sobre todo niños. Una serie de parroquias, a través de sus Cáritas, se han movilizado y, con esa “imaginación creativa”

propia de los corazones generosos, han llegado, incluso físicamente, con su generosidad a los que sufren las consecuencias de tanta barbarie y destrucción.

A vosotros, mis queridos misioneros, hombres y mujeres que sois la vanguardia que ennobleceis a nuestro pueblo, siempre os tenemos presentes; os ruego que, con el dinamismo del Espíritu que nos llena a todos de alegría y esperanza, hagáis también vuestras nuestras preocupaciones. También aquí estamos viviendo una “misión especial” a la que nos invita el abandono de las parroquias rurales, el envejecimiento de la población, la ausencia de niños en muchas de nuestras parroquias –que contrasta con la vida de vuestras comunidades que están llenas de niños y jóvenes–, la soledad de tantas personas que precisan mucha escucha y compañía, la grave crisis que está experimentando la familia cristiana que antaño era cantera de vocaciones al sacerdocio, a la vida consagrada, a las misiones y a la belleza del matrimonio cristiano, el alarmante declive de las vocaciones, tanto al ministerio sacerdotal, como a la vida consagrada, incluso al matrimonio cristiano.

Queremos seguir construyendo juntos una Iglesia misionera. Nos necesitamos los unos a los otros y teniendo como “despertador” de nuestra existencia, a veces tibia y aburguesada, el lema de “Sigamos construyendo juntos”, os invito a que reforcéis los lazos de la comunión entre todos; una comunión que es fruto del Espíritu del Resucitado y así, “Caminado juntos. Caminando unidos”, como reza el lema de nuestro Sínodo, podamos vivir esa hermosa y comprometida experiencia de construir una *Iglesia sinodal* que desea expresar y vivir en *comunión, participación y misión*. Esta es la llamada que a todos nos está dirigiendo aquel que en la Iglesia es el “nuevo Pedro” que, una vez más nos dice: ¡remad mar adentro! Y ¡lanza las redes! Porque ¡la mies es mucha!

Os ruego que me encomendéis y os pido que recéis por nuestro Seminario para que el Señor nos conceda vocaciones.

Con todo cariño os bendice,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

¡Una carta llegada de Roma!

En virtud del ministerio episcopal, son frecuentes las cartas que recibo de la Santa Sede. Son muchos los motivos y las preocupaciones que el Sucesor de Pedro manifiesta a los “sucesores de los apóstoles”. Es una manifestación de la “comunidad episcopal”. En este caso, nos hace llegar un ruego y es que no nos olvidemos de recordar a los fieles –presbíteros, religiosos y laicos– que el día de Viernes Santo hagamos la *Colecta por Tierra Santa*. Son muchas las colectas que se nos proponen a lo largo del año. Y con razón los sacerdotes, con “cura de almas”, manifiestan su preocupación ante la proliferación de colectas de tal modo que apenas quedan, en el calendario dominical mensual, muy pocos domingos en donde se pueda realizar una colecta por las necesidades de nuestras comunidades parroquiales que sé bien que son muchas y, debido a las difíciles circunstancias socio-económicas que estamos viviendo, estas dificultades han aumentado.

Nuestros fieles han manifestado y manifiestan su generosidad con motivo de la ayuda a Ucrania, Manos Unidas, el Domund, etc. Ahora, el Papa nos pide que nos acordemos de los Lugares Santos, la tierra en donde se encuentran las raíces históricas de nuestra fe. Durante estos dos últimos años, a causa de la pandemia, nuestros hermanos de los lugares de Tierra Santa han experimentado momentos de dolor, no sólo por la pandemia en sí, que también, sino por la carencia de trabajo y de medios materiales para la subsistencia. Si es verdad que son muchas nuestras necesidades, también es cierto que, si somos muchos los que aportamos “el óbolo de la viuda”, podemos llegar a más.

Tenemos que agradecer a los PP. Franciscanos, responsables en nombre de la Iglesia de la custodia de los Santos Lugares, la atención, el cuidado y la delicadeza con que cuidan Tierra Santa.

Os ruego que visitéis, en el enlace que abajo os indico, las obras que la *Custodia de la Tierra Santa* y el Dicasterio para las Iglesias Orientales llevan a cabo en los Santos Lugares, con los cristianos que allí vive. Esto nos ayudará a comprender mejor a donde llegan nuestras limosnas y lo que se puede realizar con ellas ([www.orientchurch.va/Colletta Terra Santa](http://www.orientchurch.va/Colletta%20Terra%20Santa)).

Os deseo una Santa Pascua.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Escritos

A los veinticinco años de fundación de la revista *Auriensia*

Los clásicos definían la historia como *testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis*[1]; es decir, la historia ha sido entendida como aquella que es testigo de los tiempos pasados, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de vida, mensajera de la antigüedad. Con este nuevo número de la revista *Auriensia* del Instituto Teológico “Divino Maestro” –Centro superior de Estudios Eclesiásticos afiliado a la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca– alcanzamos el primer cuarto de siglo de esta publicación.

Si nos retrotraemos al primer ejemplar de este anuario, en el año 1998, mi predecesor –en aquel momento Mons. Osoro Sierra (1997-2002), actual cardenal arzobispo de Madrid– anunciaba la aparición del primer número con “inmenso gozo” y como motivo de esperanza. Esta publicación nació como un proyecto de lo que pudiéramos llamar “evangelización de la cultura”. Al cumplirse sus veinticinco años, son cientos los recuerdos que se agolpan en esa “vita memoriae” y se convierten en un eco silente de tantas horas de estudio y reflexión que han quedado impresas en sus páginas.

Después del Vaticano II, la Iglesia se ha comprometido a realizar un nuevo estilo de diálogo con el mundo moderno y sus culturas. Decimos culturas y no cultura porque como ciudadanos de esta “aldea global” somos conscientes de que nos envuelven por todas partes, sin darnos cuenta, estilos de vida diferentes, formas complejas de pensamiento, planteamientos existenciales tan disruptivos que parecen amenazar nuestra misma concepción de la vida, e incluso del morir humano. Inmersos en estas “circunstancias”, la nueva tarea evangelizadora debe situarse en este espacio vital y en él tiene que realizarse el futuro religioso de la persona humana. En este sentido es necesario recordar que *para la Iglesia no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas periféricas cada vez más amplias o a poblaciones cada vez más numerosas, sino también de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuerzas inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación*[2].

Aunque vivimos en medio de una cultura que todavía manifiesta signos de su “cristianización”, sin embargo, no podemos olvidar que la evangelización no se identifica con la cultura y es un proceso independiente con respecto a todas las culturas. Aún así, es cierto que el Evangelio debe anunciarse y, por ende, “hacerse carne” en una persona que vive y se encuentra situada en una

cultura determinada. Por eso, al repasar el índice de los trabajos publicados en *Auriensia* a lo largo de estos veinticinco años –tanto de aquellos cuya autoría pertenece a los profesores de nuestro Instituto Teológico como a tantos otros especialistas en el ámbito de los estudios humanísticos– nos damos cuenta de que han sido testigos de los distintos acontecimientos que ha vivido la Iglesia en Ourense, rica por su patrimonio histórico-artístico y por sus aportaciones en el ámbito cultural. Un ejemplo reciente lo constatamos en el eco que encontró en sus páginas el Sínodo Diocesano (2016-2022).

Esta publicación nace dentro de un contexto en el que nuestra Iglesia particular estaba caminando hacia el siglo XXI y ha sido testigo del eco que han dejado los últimos grandes eclesiásticos de nuestra historia reciente que se han esforzado en unir su pasión por la cultura y su vivencia de la fe. Alguien ha denominado a Ourense como la “*Atenas de Galicia*” porque ha sido en ella en donde se encontraron una serie de personajes del ámbito de la cultura, que no es fácil hallar en otros momentos de la historia de un pueblo. Me refiero a escritores como Ramón Otero Pedrayo, Vicente Risco, Florentino López Cuevillas, Xoaquín Lorenzo, Xesús Ferro Couselo, entre otros. Se le podrían añadir nombres de hombres que, desde el mundo eclesial tuvieron una gran influencia cultural como el canónigo y músico Antonio Jaunsarás, Quiroga Palacios o Araujo Iglesias. Me gustaría mencionar también aquí a esa pléyade de profesores beneméritos de nuestro centro académico, porque también ellos han sabido aportar sus reflexiones y estudios, sin buscar ninguna notoriedad, sino realizando un gran servicio y un impagable magisterio de vida.

Nuestra publicación celebra esta efeméride casi al final de este primer cuarto del siglo XXI. Nos encontramos con una situación bastante compleja. Hemos vivido una experiencia indescriptible que nos ha llenado de dolor, preocupación y signos de muerte, como ha sido la incidencia del covid-19, que todavía no nos ha abandonado del todo. Nos sentimos gravemente impactados al comprobar con dolor, cómo después de las dos guerras mundiales del siglo XX, que truncaron la vida de tanta gente joven y arruinaron gran parte de este viejo continente, ha estallado, en el corazón de la misma Europa, un enfrentamiento bélico entre Rusia y Ucrania, dos países vecinos y medio hermanos. Por otra parte, nuestra ciudad, villas y algunos pueblos se están llenando de personas migrantes y refugiadas que han venido a nosotros buscando libertad, paz y trabajo. Con ellas traen sus culturas y costumbres.

Además, a estos fenómenos, hay que añadir que la fuerza convincente de los medios de comunicación y la telemática actual está generando en nuestros conciudadanos una transformación radical que los lleva, en muchos casos, a una “apostasía silenciosa de su fe cristiana”. Este escenario nos está conduciendo, desde hace años, a una ruptura entre el Evangelio y la cultura

que sin duda alguna es un auténtico drama[3], que estamos experimentando en estos momentos.

Aquello que se concibió como un intento humilde y sin grandes pretensiones en las postrimerías de aquel dramático siglo XX, se ha hecho realidad gracias al esfuerzo de muchos. Entre ellos, de los profesores del Instituto Teológico “Divino Maestro”, de investigadores vinculados con temáticas relacionadas con el ámbito humanístico y, sin ninguna duda, con el apoyo de los obispos que “presidieron en la caridad” esta Iglesia que peregrina por las tierras de Ourense. Pero, con la mirada puesta en este largo recorrido, no exento de dificultades, la revista *Auriensia* sigue siendo un proyecto abierto y, al mismo tiempo, se convierte en un reto constante para todos aquellos que, viviendo su compromiso de fe, sabiéndose “instalados” –como diría Ortega y Gasset– en el presente y reactualizando la memoria agradecida de su pasado, se quieren lanzar hacia el futuro con esperanza.

Mi recuerdo agradecido se dirige a los dos profesores que asumieron con ilusión y desvelo la tarea de directores de este anuario: el Dr. D. Ramino González Cougil y, en estos últimos años, el Dr. D. José Ramón Hernández Figueiredo. A este último le agradecemos también que nos haya ofrecido un cuidadoso índice en donde se hace una referencia tanto de las personas como de los artículos publicados a lo largo de estos cinco lustros.

Por otra parte, ha sido providencial que el número 25 de *Auriensia* coincida con el homenaje que el Seminario Mayor Diocesano, el Instituto Teológico “Divino Maestro”, el Centro de Ciencias Religiosas “San Martín”, el Seminario Diocesano “Redemptoris Mater”, el Instituto da Familia, y, en definitiva, toda la Iglesia Diocesana dedica a S. E. R. Mons. Francisco José Prieto Fernández, Obispo titular de Vergi y Auxiliar de Santiago de Compostela. Resulta curioso constatar que aquel joven profesor, Dr. Prieto Fernández, es el autor de un largo e interesante artículo que aparece, ofreciéndonos las primicias de su investigación teológico-patristica, en el primer volumen de *Auriensia*. Desde aquel momento su firma estuvo presente en este anuario enriqueciéndolo con sus escritos. También ahora, en este número de las bodas de plata de nuestra publicación, encontramos entre las firmas destacadas un artículo de Mons. Prieto.

Lux veritatis, vita memoriae. Así iniciaba mis palabras de presentación de esta monografía que, bajo la impronta ya acuñada de la revista *Auriensia*, queremos dedicar a un hijo de esta tierra cálida y generosa, a un sacerdote de nuestro Presbiterio Diocesano que siempre estuvo atento a las necesidades de este pueblo y de sus gentes, que quiere y que le quieren; a un pastor que dedicó muchas horas a la reflexión teológica y, de manera especial, al estudio de los Padres de la Iglesia que, ya en otros tiempos, han sido *lux veritatis*. Gracias

a las aportaciones tanto pastorales como académicas de D. Francisco José, la luz de la verdad de aquellos testigos se convirtió en un mensaje cargado de vida y de rica experiencia eclesial. Haciéndolos llegar hasta nosotros, nos ha enriquecido con su memoria.

Desde aquí agradecemos a Mons. Prieto Fernández que, unido al Colegio Episcopal, siga acompañándonos como testigo-misionero de Aquel que es el único Buen Pastor y se visibiliza a través de sus obispos que deben ser *lux veritatis et vita memoriae*. Confiamos que, con la ayuda del Buen Dios, nos siga iluminando con el resplandor de la Verdad que es Cristo y, a través de su vida, obras y palabras, nos ayude a ser fieles a la memoria viva del que es Evangelio vivo: Jesucristo.

Sequi Salvatorem participare est salutem. Así reza el lema episcopal de Mons. Prieto Fernández, experiencia que brota de la reflexión fecunda y viva sobre las obras de los Padres de la Iglesia, que siguen siendo esos altavoces que anuncian y proponen la gran noticia a un mundo como el nuestro, al cual hoy es más necesario que nunca ayudarle a descubrir que *Seguir al Salvador es participar en la salvación*.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

NOTAS:

- [1] Cicerón, *De Oratore*, 2, 9 y 36.
- [2] Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 19.
- [3] *Ibid.*, 20b.

En la revista diocesana *Comunidade*

Abril

Nada se pierde con la paz, todo puede perderse con la guerra

El pasado 25 de marzo, solemnidad litúrgica de la Anunciación del Señor, día en la que celebramos la Jornada por la vida, todos los hijos e hijas de la Iglesia extendidos por el mundo entero, y tantos hombres y mujeres de buena voluntad, fuimos invitados por el papa Francisco para realizar, personal y comunitariamente, un acto singular que se ha venido repitiendo en varias ocasiones en los últimos lustros. Yo mismo, en mi época de estudiante en Roma, el 25 de marzo de 1984, tuve la suerte de participar en aquel acto tan impresionante, realizado en la plaza de san Pedro del Vaticano que estaba llena de una gran multitud de fieles y, al finalizar la celebración eucarística, san Juan Pablo II se acercó a la imagen de la virgen peregrina de Fátima, que había sido llevada ex profeso desde Portugal al Vaticano y, postrándose de rodillas ante la virgencita vestida de blanco, realizó la consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María, a la que se unieron los obispos del mundo entero. Aquel acontecimiento ha dejado su impronta en la memoria de mi corazón.

Posteriormente a aquel acontecimiento, hemos vivido unos hechos que el mismo papa Wojtyła menciona en uno de sus libros: tras la consagración realizada en la Plaza de San Pedro en 1984, se derrumbó en primer lugar el bloque soviético en 1989 y luego la propia Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), a consecuencia de diversos factores sociales, políticos y económicos.

Han pasado cuarenta y ocho años desde aquel acontecimiento y, en poco más de un mes, las cosas han cambiado en la humanidad, porque lo que afecta a una nación determinada, sea grande o pequeña, nos afecta a todos en virtud de esa globalización que han hecho posible los medios y la telemática actual. En una Europa llena de tensiones, en donde las cuestiones económicas parecen ocupar la mayor parte del tiempo de nuestros dirigentes, nos hemos encontrado con que, de la noche a la mañana, casi en el corazón de la vieja Europa ¡ha estallado una guerra! Parecía inaudito que en pleno siglo XXI, después de las dos conflagraciones mundiales del siglo pasado, de las graves crisis en Oriente, de las experiencias bélicas sectoriales en varios lugares del mundo, casi de manera sorpresiva, Rusia invadiera Ucrania y comenzase la guerra. Muerte de inocentes, miles de personas refugiadas, ciudades y pueblos destrozados, y, una vez más, el zarpazo de Caín se siente en la carne de la humanidad.

La reacción humanitaria no se ha hecho esperar. Hace unos días visitaba una de las Cáritas arciprestales y podía contemplar in situ lo mucho que allí se estaba trabajando: recogiendo y empaquetando todo lo que había llegado de otras parroquias y de colegios de religiosas. El sacerdote se esforzaba por multiplicarse en atender a todas aquellas personas que de manera desinteresada estaban dedicando muchas horas de su vida a la selección, empaquetado y montaje de todo aquello que se iba a enviar a Ucrania. Otros respondieron a la llamada del Obispo para hacer una colecta y enviarla al papa Francisco para que la Santa Sede pudiese destinarla a la atención de refugiados y para la ayuda a los que quedan en el mismo país. Hemos pasado de los 20.000 €. Lo mismo podemos decir de la oferta que se hizo desde nuestro Seminario Menor “A Inmaculada”, que ha hospedado en uno de sus pabellones a 53 ucranianos, sobre todo niños. Tampoco podemos olvidar los desvelos y esfuerzos de Cáritas diocesana a la hora de hacerse presente en medio de las necesidades que encontramos tanto aquí como en Ucrania. Y tantas otras iniciativas que se están realizando.

En estos momentos son emblemáticas las palabras de Pío XII pronunciadas cuando en el horizonte se asomaban intenciones bélicas entre países vecinos. Esa frase fue recogida más tarde por san Juan XXIII en su encíclica *Pacem in terris* (11 de abril de 1963): *Nada se pierde con la paz, todo puede perderse con la guerra*. Debíamos de grabar con la fuerza del amor esta frase en lo más íntimo de nuestro corazón con el fin de que la hiciésemos carne de nuestra propia experiencia, sin olvidar que las “guerras” también comienzan con esas pequeñas escaramuzas dentro de nuestros hogares, a las que no damos importancia y sí la tienen; quizás entre nuestros compañeros de profesión, porque las envidias y las maledicciones generan una situación de guerra fría permanente; o en el grupo de amigos entre los que, a veces, pueden surgir actitudes de división y enfrentamientos que con el tiempo pueden ser mortales para esas relaciones de amistad. ¡Todo se pierde con la guerra!

Ante el espectáculo desolador de caos, muerte y destrucción que los medios nos sirven a cada momento, enfrentándonos con la realidad salvaje, debemos responder con aquello que tiene sabor evangélico: anegar el mal en abundancia de bien; que es tanto como decir, convirtámonos en agentes constructores de paz, para que esa energía vital propia de los hombres y mujeres de paz, como Juan Pablo II, Juan XXIII, Madre Teresa, Oscar Romero y otros muchos llene el mundo entero con su fuerza renovadora y constructora de una nueva humanidad.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Mayo

Recuperar el domingo

Debido al estado de alarma generado por el impacto de la covid-19, en nuestras vidas se han paralizado muchas de las actividades pastorales habituales; hemos vivido la experiencia de que nuestros templos, de manera especial en el ámbito rural, se han cerrado, aunque la actividad de la Iglesia se hizo presente a través del ministerio de los sacerdotes, de los miembros de la vida consagrada, así como de laicos comprometidos en las tareas eclesiales. Bien es cierto que nuestro pueblo fiel, me atrevería a decir, por primera vez en nuestra historia, ha vivido con dolor un sorprendente ayuno eucarístico. La dura experiencia que ha supuesto el confinamiento social, obligado por el necesario control sanitario, nos ha llevado a una vivencia modificada del Domingo, no a su supresión: del templo a la casa, de la iglesia parroquial a la iglesia doméstica.

No nos hemos olvidado de la importancia del Día del Señor. La creatividad celebrativa que muchos agentes de pastoral han demostrado ha sido una experiencia enriquecedora. A través de todos los recursos y medios disponibles, se hicieron llegar materiales litúrgicos y catequéticos de modo que se hizo posible que el Domingo no pasara desapercibido y fuera vivido en el marco del hogar cristiano convertido en una Iglesia doméstica. La Iglesia, madre y maestra, con todos los recursos a su alcance, nos lo quiso recordar.

Sin embargo, al margen de lo vivido durante el confinamiento, en la conciencia de muchos cristianos, sobre todo en los últimos años, se ha oscurecido la importancia del Domingo. En lugar de ser un día para vivir y celebrar la fe en comunidad, para muchos se ha convertido en un simple “fin de semana”. Aquella intuición de san Juan Pablo II, hoy más que nunca, es algo evidente: *Por desgracia, cuando el domingo pierde el significado originario y se reduce a un puro ‘fin de semana’, puede suceder que el hombre quede encerrado en un horizonte tan restringido que no le permita ver el «cielo». Entonces, aunque vestido de fiesta, interiormente es incapaz de hacer fiesta* (Juan Pablo II, Carta apostólica *Dies Domini*, 4).

Durante el confinamiento, las retransmisiones televisivas y los medios telemáticos actuales hicieron cercanos las Misas dominicales y festivas, incluso la Misa diaria, así como acontecimientos de especial trascendencia eclesial como han sido los Oficios de Semana Santa y los actos presididos por el papa Francisco, alguno de ellos con gestos tan significativos que no sólo ha dejado un fuerte impacto en la comunidad católica sino en toda la sociedad.

En estos momentos, con la ayuda del Señor y no descuidando las cautelas establecidas, estamos recuperando las celebraciones litúrgicas presenciales,

que son las correctas. No nos podemos olvidar de que son incomprensibles las celebraciones litúrgicas, en especial la santa Misa dominical y festiva, sin la presencia de la comunidad creyente. Por este motivo, estimo que es necesario dirigirme a vosotros para que, todos, pastores, miembros de la vida consagra y demás fieles laicos, siempre que nos lo permitan las fuerzas físicas, renovemos con entusiasmo y respeto la antiquísima costumbre eclesial trasmitida por la fidelidad de nuestros mayores de volver a participar en la Misa dominical y festiva con una presencia física y real en el seno de nuestras comunidades de referencia.

Es necesario recordar que también hoy, en un ambiente que en ocasiones se nos muestra hostil o indiferente al hecho religioso católico, los creyentes tenemos la necesidad imperiosa de revitalizar aquellas costumbres que nos identifican como lo que somos, a no ser que queramos ser aplastados por el ambiente relativista que nos rodea.

Necesitamos convencernos de que vivir la Eucaristía en comunidad, sobre todo el Domingo y los días de precepto, no sólo nos define como lo que somos: miembros de la gran familia de la Iglesia Católica, sino que sin esta vivencia de la Eucaristía no podemos vivir como cristianos.

El domingo fue, desde siempre, un acontecimiento central en la vida de la comunidad creyente, y hermosos testimonios lo acreditan. En los primeros años del siglo IV, durante la violenta persecución de Diocleciano (284-305), resulta impresionante el testimonio elocuente de los mártires de Abitinia; aquellos cristianos, cuando se encuentran ante el procónsul de Cartago, confiesan que se reúnen con los hermanos porque no pueden vivir sin celebrar el día del Señor, el Domingo.

En este mismo sentido, Plinio el Joven, gobernador de la provincia romana de Bitinia, en la costa del Mar Negro, al noroeste de la actual Turquía, escribía a comienzos del siglo II al emperador Trajano para pedirle su dictamen sobre la manera de proceder con los cristianos; le decía él que estos ciudadanos le resultaban extraños y sospechosos, entre otras cosas, porque afirmaban que toda su culpa y error consistía en reunirse en un día fijo antes del alba y cantar a coros alternativos un himno a Cristo como a un dios. Se trata del Domingo, del día del Señor.

Los primeros testimonios de la raíz pascual de la celebración dominical los encontramos en el siglo II. Pero ya la Didajé (c. 70) menciona la existencia de la celebración dominical, aunque sin referencia a la resurrección: *En el día del Señor reuníos y partid el pan y haced la eucaristía, después de haber confesado vuestros pecados, a fin de que vuestro sacrificio sea puro.* Podríamos aducir otros muchos testimonios, pero basta con los mencionados.

El Domingo ha ocupado un lugar central en la vivencia y celebración de la fe de la comunidad eclesial. Y a lo largo de los siglos, con los matices

y cambios de cada época, este día es la referencia que marca el paso de la vida cristiana en toda la riqueza de sus expresiones. También nuestra Iglesia Diocesana, a través de las proposiciones sinodales, nos recuerda que debemos promover una catequesis para ayudar al pueblo de Dios a descubrir el sentido pascual y festivo del Domingo, destacando su vertiente comunitaria (Prop. 113). Desde aquí os animo a que, sin dejarnos atrapar por el desánimo, sigamos apostando por vivir esta costumbre que enriquece nuestra vida, fortalece nuestra esperanza y nos ayuda a identificarnos con nuestra fe.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Junio

La “valentía creativa”

Con motivo de los 150 años de la declaración de san José como Patrono de la Iglesia, el papa Francisco nos obsequió con una Carta apostólica que llevaba por título *Patris cordis*, con la cual establecía un Año jubilar dedicado a san José que se extendería desde el 8 de diciembre de 2020 hasta la misma solemnidad de la Inmaculada de 2021. Con ese brevísimo documento, nos ofreció como siete meditaciones sobre el Santo Patriarca. La quinta llevaba por título: *Padre de la valentía creativa*. Esta reflexión está cargada de una gran frescura y, de manera especial, encierra en sí una intuición muy original que anteriormente no habíamos encontrado en un documento sobre san José. Al menos, para mí muy original.

¿Qué nos quiere decir el Papa cuando habla de que san José es el “padre de la valentía creativa”? Esta actitud surge cuando nos encontramos con dificultades que nos pueden llevar, o bien a pararnos y cruzarnos de brazos, o a reaccionar de una manera más propositiva ingeniándonoslas de alguna manera para superar la situación.

Hablando con los sacerdotes y escuchando los problemas y preocupaciones pastorales con los que nos estamos encontrando, sobre todo en esta etapa de un, todavía incierto, *postcovid*, me di cuenta que, ante la tozuda realidad en la que nos encontramos, sólo caben esas dos posibilidades de las que hablaba el Papa: dejarnos llevar de la inercia pastoral y cruzarnos de brazos porque nos sentimos impotentes, o bien, reaccionar.

Son muchas las preocupaciones que salen a nuestro encuentro, pero me atrevería a destacar tres: una apuesta creativa por el *catecumenado*, la preocupación por todo aquello que afecta a la *pastoral familiar* y comprometernos todos en una *cultura vocacional* que abarque todos los sectores de nuestra actividad.

Catecumenado: nos damos cuenta de la falta de formación y de vivencia existencial de la fe cristiana. A pesar de los esfuerzos realizados en los últimos años por la Delegación de Catequesis y de Enseñanza, venimos observando, a todos los niveles, una situación compleja de definir en la vivencia de fe de la gran mayoría de nuestros fieles. Cada vez estamos asistiendo a más casos de cierto cristianismo sociológico o de costumbre, pero el mensaje de vida propio de Jesucristo, predicado por la Iglesia, es epidérmico o tan sólo instantáneo; es decir, propio del acontecimiento que se está viviendo; finalizado éste, se acaba todo.

Ante esta situación, dejemos a un lado el pesimismo y busquemos formas nuevas o antiguas con sabor a nuevas, tal como se ha realizado en la pandemia. Acercar la catequesis a través de todos los medios a nuestro alcance, sabiendo que ya no son sólo los niños, ni los adolescentes que se preparan para la Confirmación; sino que es necesario descubrir formas nuevas para un Catecumenado por etapas y por pequeños grupos, que no sólo giren en torno a la parroquia, sino que, siempre en conexión con ella, se busquen otros lugares de encuentro: el hogar, los centros pastorales de referencia, aquellos lugares en donde se pueda encontrar, cómodamente, un pequeño grupo que, contando con la presencia de un agente de pastoral formado y *capacitado para la escucha*, busque la manera “creativa” de hacer llegar la idea de que “el cristianismo” es ante todo “vida”.

La familia: es esta una realidad que necesita todo nuestro apoyo y preocupación-ocupación. En medio de una sociedad postmoderna, que ya ha superado con creces los primeros momentos de toda etapa secularizadora y que se encuentra en un momento de neopaganismo aplastante y frívolo, así como de una creciente indiferencia ante el hecho cristiano, debemos de intensificar la pastoral familiar siendo creativos. No basta lo que estamos haciendo, necesitamos ser más valientes y salir al encuentro de la familia allí donde esté. Si no cuidamos la familia, todos nuestros esfuerzos catequéticos y pastorales con los niños y jóvenes están abocados al fracaso. Y no digamos, todo proyecto vocacional.

Cultura vocacional: es imprescindible que todas las actividades de las Delegaciones Episcopales se preocupen de crear una cultura vocacional. Todo proceso evangelizador es una tarea abierta, y no una plataforma para “hablar sólo de lo mío o de mi competencia”. Nuestras actividades pastorales

deben ser, como nos recuerda el Santo Padre, *poliédricas*; es decir, deben tener siempre muchas caras y facetas, distintas formas y matices. Ignorar la carestía vocacional que nos afecta en la España vacía, y de manera especial en Galicia y en nuestra Diócesis, es perder la objetividad del problema y, ciertamente, una hipoteca pastoral para un futuro inmediato que nos afecta a todos. Con serenidad, con mucha paz, y mucha delicadeza, comprometámonos todos los agentes pastorales de la Iglesia a plantear, sin miedo, distintos proyectos de futuro a tantos que se encuentran confusos y atrevámonos a salir al encuentro de jóvenes profesionales y universitarios, sin olvidarnos del mundo de la formación profesional. Y si, por lo que sea, no nos atrevemos a salir al encuentro de esos jóvenes, busquemos a alguno de nuestros hermanos sacerdotes para que hagan de mediaciones de la Iglesia en esta importante tarea apostólica.

Es necesario dejarnos llevar de esa “valentía creativa” que nos haga sentir lo que nos ha dicho el Papa, recordando actitudes evangélicas: *Remad mar adentro y echad las redes... porque la mies es mucha*. Y si no tenemos ninguna posibilidad, siempre nos queda aquella que es muy importante: *orad por las vocaciones*. Que no falte nunca una “oración de los fieles”, en la Eucaristía dominical y festiva, en la que se pida por las vocaciones. Cuidemos esos Jueves vocacionales y todos los actos eucarísticos que realicemos durante este mes de junio centrado en la fiesta del *Corpus* y en la del Sagrado Corazón de Jesús, devoción esta última que ha transformado tantos corazones jóvenes a lo largo de la historia.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense